

de Europa. Hasta entonces, las tropas francesas, acercándose á la línea del Chiquihuite, se detendrían en Córdova, en el perímetro fijado por la convención de la Soledad, la cual, de esa manera, no sería aún repudiada.

IV.

Las opiniones de los gabinetes acerca de los primeros actos de los plenipotenciarios, habían sido muy diferentes. Russell desaprobó la proclama inicial porque había sido un entrometimiento; el emperador, porque no había sido un acto de hostilidad. Russell lamentaba que no se hubiese expulsado al Padre Miranda al mismo tiempo que á Miramón; el emperador, que no se les hubiese acogido á ambos. A Russell le pareció bien que sus plenipotenciarios se hubiesen rehusado á apoyar el ultimátum de Saligny; al emperador le pareció mal que lo hubiesen rechazado. Calderón Collantes se expresó como el emperador, pero, por miedo á Prim, sus conclusiones fueron las mismas de Russell.

Las nuevas instrucciones de éste prescribieron á Wyke que, aunque sin inmiscuirse en el examen de las reclamaciones francesas, no las recomendara si no eran modificadas, y que no prestara apoyo ninguno al crédito Jecker. Y para separarse ostensiblemente de la política de intervención en que el emperador se había aferrado, ordenó á Dunlop que reembarcara inmediatamente á sus marinos, aunque la mala estación no había llegado todavía.

Las instrucciones francesas fueron dobles: las hubo de Thouvenel y del emperador. En el fondo, el honrado Thouvenel pensaba como Russell y no estaba menos escandalizado que él de las reclamaciones francesas, que superaban en mucho á sus previsiones. Mas, no sintiéndose libre para convenir en ello, se ocupó, en interminables ergotismos que denunciaban su falta de convicción, en establecer el derecho que tenían nuestros representantes para negarse á que sus pretensiones fuesen discutidas. Anunció, sin embargo, que una comisión se encargaría de revisar las cuentas presentadas, y que, si la indemnización

acordada era mayor que la debida, se devolvería el sobrante. Pero no se atrevió á dar órdenes á Saligny: solamente le aconsejó que redujera la cifra de las reclamaciones, que no defendiera el crédito Jecker sino en lo que interesara á los franceses, y que accediera á todas las proposiciones que tendieran á mantener un íntimo acuerdo entre los tres aliados (28 de febrero de 1862).

De las Tullerías llegaban otras instrucciones. Ahí se ensalzaba la energía de Saligny y se vituperaba la condescendencia de Jurien. Era preciso no tratar ya de igual á igual con el gobierno mexicano, no reconocerle en modo alguno. Y puesto que los aliados parecían dispuestos á aceptar satisfacciones que no bastaban á nuestras exigencias legítimas, se creía que estábamos autorizados á seguir adelante sin ellos, aplicando una política vigorosa.

Provistos de estas instrucciones que, en realidad, implicaban la ruptura, los plenipotenciarios se presentaron el 9 de abril en Orizaba para proceder á las conferencias.

V.

Después de las conversaciones de Prim y Jurien, el debate había tomado una forma precisa, á causa de la demanda oficial de Juárez para que Almonte fuera, no entregado para que se le fusilara como á Robles, sino enviado á La Habana como Miramón. ¿Que se contestaría? De una parte y otra se reprodujeron las afirmaciones y las negaciones anteriores. No hubo más novedad que la arrogancia con que Dubois de Saligny se irguió triunfante sobre la encorvada espina dorsal del pobre Jurien. Ya no discutía, pronunciaba oráculos. Dijo que el sistema de contemporización estaba juzgado y desechado porque no había hecho más que acrecer la audacia, la tiranía y la rapacidad de Juárez; que ya no quería tratar con él; que había recibido numerosas peticiones francesas para que las fuerzas marcharan sobre México, y que estaba resuelto á acceder á esas peticiones. —«Os engañáis, objetó el comodoro Dunlop, los franceses residentes en México verían con desagrado la llegada de

vuestro ejército»—«No encontraréis en el país partidarios de la monarquía» añadió Wyke.—«Porque el terror les impide mostrarse, contestó Jurien; al partido que espera nuestro apoyo le encontraremos por todas partes luego que se sienta con libertad de manifestar sus sentimientos».—«Estamos á 9, dijo Prim; las negociaciones deben abrirse el 15; ¿por qué no consentir en que se ponga á prueba la sinceridad del gobierno, puesto que ya no faltan más que seis días».—«Los preliminares de la Soledad, exclamó Saligny, no tienen más valor que el del papel en que fueron escritos».—«¿Por qué los habéis firmado?»—«No tengo obligación de explicar los motivos que tuve para ello: el gobierno mexicano los ha hecho pedazos con mil actos vejatorios».—«Me admira, repuso flemáticamente Wyke, que esos actos no hayan llegado á mi conocimiento».—«Ha sido porque los súbditos franceses no han dado á conocer sus agravios á la legación británica».

La conversación tomó un carácter violento.—«Habéis pretendido, dijo Prim, tener la prueba de que yo me opongo á la candidatura de Maximiliano, porque aspiro á hacerme coronar yo mismo. Presentad esa prueba». «No he hecho más que repetir, contestó Saligny, lo que se dice en público; el almirante Jurien ha tenido en su poder una carta de una persona favorable á vuestra candidatura; vos mismo habéis dado á entender que el emperador la aprobaría. *El Eco de Europa*, que, según confesión vuestra, no publica nada que no hayáis autorizado, ha dado á luz artículos ditirámicos que no se explicarían si no tuvierais esa ambición. En fin, vos mismo me habéis dicho que la candidatura austriaca es absurda; que sólo tendría probabilidades de éxito la de un soldado.»—«Yo me refería, dijo Prim, á un jefe afortunado, de entre los mismos mexicanos. Pero no he autorizado á nadie para que me atribuya un proyecto tan insensato. No hay una sola frase en *El Eco de Europa* que haga alusión á mi candidatura. Se me ofende, porque se pone en duda mi bien conocida lealtad, atribuyéndome tales pretensiones. Si se me ofreciera á México con todas sus riquezas, no lo aceptaría, porque prefiero la situación que me he hecho en España. Y dicho esto, concluyamos: ya sabéis lo que pide Doblado: ¿qué debemos contestarle?»—«Que nó» dijeron Jurien y Saligny, y leyeron una nota en ese sentido que tenían preparada.—«No firmaremos esa nota, dijeron Prim y los ingleses; y si la enviáis, si persis-

tis en conservar entre nuestros soldados á los proscritos, si os rehusáis á tomar parte en las conferencias del 15 de abril, nos retiraremos con nuestras tropas del territorio mexicano.»—«Podéis hacerlo, contestó Jurien, contento ante la perspectiva de desembarazarse de ambos; pongo á vuestra disposición mis buques».—«Gracias, replicó Prim; no los necesito; tengo los de España, y en caso necesario, me bastarán los de Inglaterra».

Esta negativa de Prim á prestar apoyo á un atentado contra la libertad de un pueblo débil, es una de las buenas acciones de su vida. ¡Pluguiese al cielo que todas hubiesen sido como ésa! No está probado ni es verosímil que haya obrado por despecho de ver que era para otro el trono que ambicionaba. Esperaba encontrar en México una gran gloria, pero no una corona; soñaba en ser su pacificador, su reconciliador con la madre patria; y en todo caso, si la idea loca de ser rey pasó por su cerebro, no arraigó en él.

VI

Ese mismo día dos notas fueron enviadas á Doblado. La una, firmada por todos los plenipotenciarios, anunciaba que, no habiendo podido ponerse de acuerdo, habían resuelto seguir en adelante una línea de conducta independiente; que el comandante en jefe de las fuerzas españolas dictaría inmediatamente las medidas necesarias para reembarcar sus tropas, y que el ejército francés se concentraría en Paso Ancho y comenzaría desde luego sus operaciones. Los plenipotenciarios franceses, en otra nota, declaraban que no abandonarían á Almonte, que había sido enviado á México por Napoleón con una misión de paz y de conciliación. «Desde el día en que fué concluída la convención de la Soledad, añadía esa nota, nuevas vejaciones se han ejercido contra súbditos franceses y se hacen esfuerzos por ahogar, con medidas violentas, la expresión de la voluntad del país, con objeto de engañar á Europa y hacerla aceptar el triunfo de una minoría opresora. No continuaremos siendo cómplices de esta opresión moral que hace gemir á la mayoría de los mexicanos, y tenemos la honra de informar al Sr. Ministro

de Relaciones Exteriores que las tropas francesas, dejando sus hospitales bajo la salvaguardia de la nación mexicana, se replegarán más allá del Chiquihuite para recobrar su libertad de acción luego que las tropas españolas hayan abandonado sus acantonamientos».

Doblado protestó con dignidad. «La violación de los preliminares de la Soledad, consumada por los comisarios franceses bajo un pretexto pueril, es injustificable. Jamás, ni el gobierno ni la nación mexicana han recibido comunicación oficial de la misión que dichos comisarios atribuyen á Almonte. Para ambos, éste no es más que un traidor fuera de la ley por un acto de administración interior, en el cual los extranjeros que se han solemnemente comprometido á respetar la soberanía de nuestro gobierno, no tienen derecho de intervenir. El reconocimiento que han hecho en los preliminares de la legalidad del gobierno constitucional, es evidentemente inconciliable con su declaración de hoy, referente á que el gobierno del país significa el triunfo de una minoría opresora. Es inexacto que nuevos ultrajes se hayan inferido á súbditos franceses; las autoridades subalternas no han dado cuenta á los ministros mexicanos de ningún hecho de esa naturaleza, y los comisarios de Francia no señalan ninguno. El gobierno constitucional, guardián de la República, depositario de su soberanía, opondrá la fuerza á la fuerza y sostendrá la guerra hasta sucumbir, porque tiene la conciencia de la justicia de su causa. (11 de abril de 1862).

El Gral. Doblado, que durante toda esta negociación se había mostrado irreprochable por su rectitud y cortesía, escribía con tristeza á Prim: «La conducta de los franceses no me extraña. Estoy cierto de que si el emperador viese con sus ojos lo que pasa en México, desaprobaba la conducta de sus representantes. Pero como ello no es posible, nos resignaremos con nuestra suerte» (12 de abril).

Rota la triple alianza, la intervención se quitó la careta. Jurien y Saligny hicieron una nueva edición de la proclama de Brunswick: «No confundimos al pueblo mexicano con una minoría opresora; el pueblo mexicano tendrá siempre derecho á nuestras más vivas simpatías. No tenemos más objeto que inspirar á la parte honrada del país, es decir, á las nueve décimas partes de sus habitantes, el valor necesario para dar á

conocer su voluntad, etc., etc.» (16 de abril). Almonte se declaró jefe supremo de la nación, se atribuyó plenos poderes para tratar con las potencias aliadas y para convocar el congreso nacional que resolvería acerca de la forma de gobierno. El Gral. Taboada, con las fuerzas que pudo reunir, se pronunció contra Juárez y reconoció como jefe supremo á Almonte. Lorencez le nombró jefe político y militar de Córdoba y encomendó á las autoridades francesas que le ayudaran en el ejercicio de sus funciones. Almonte organizó su gobierno, designó ministros y nombró gobernadores

Juárez contestó á la guerra con la guerra. Puso en estado de sitio á todos los lugares ocupados por las tropas francesas, y ordenó á los mexicanos, so pena de ser tratados como traidores, que los evacuaran; les prohibió suministrar víveres, noticias, armas, en fin una ayuda cualquiera, al enemigo; llamó al servicio militar á todos los mexicanos de veinte á sesenta años; autorizó á los gobiernos de Estado á levantar guerrillas, pero sólo en un radio de diez leguas en derredor del enemigo; puso á los franceses pacíficos residentes en el país bajo la salvaguardia de las leyes y de las autoridades mexicanas, la cual medida no es de un salvaje sin fe ni ley. Y los mexicanos seguían reuniéndose en derredor de Juárez. Encontró sostenedores hasta en el clero mismo, que había sido víctima de la revolución. El cabildo de Guadalajara, en un manifiesto fechado y firmado en el salón capitular de la catedral, protestó contra la ocupación francesa y se declaró en favor del gobierno constitucional. (3 de mayo de 1862).

VII

Orizaba, evacuada por los españoles el 18 de abril, fué ocupada por el Gral. Zaragoza; Lorencez se dispuso á retroceder más allá de la línea del Chiquihuite, conforme al compromiso contraído; después, á dirigirse rápidamente de Córdoba á Paso Ancho, á reserva de desandar lo andado inmediatamente. Los hombres que conocían el país veían con temor esta reculada, aunque fuese de pocos días. El ejército sería nuevamente diezmado por el vómito y las fiebres perniciosas, y una vez

que tomara la infección carácter epidémico, no sería posible volver á marchar hacia adelante. Pero no importaba: el compromiso era formal; Jurien lo había recordado muchas veces, y en la declaración de guerra se prometía respetarlo. Era preciso retroceder, costara lo que costara.

Así lo había pensado Lorencez desde luego, pero vencido poco á poco por las malas inspiraciones de los que le aconsejaban que faltara á la palabra dada, se resolvió, después de haber desechado un primer pretexto insostenible (tres soldados muertos cerca del campamento) á adoptar otro todavía peor. Un centenar de enfermos había permanecido en Orizaba, y algunos, ya en convalecencia, fueron vistos armados en la calle. El Gral. Zaragoza creyó que era una guardia francesa dejada para la seguridad del hospital, y ofendido por esta falta de confianza, escribió á Lorencez que los enfermos del ejército francés, encontrándose bajo la salvaguardia del ejército mexicano, no tenían necesidad de ser protegidos por sus nacionales. Lorencez contestó primero dando explicaciones, diciendo que no había dejado guardia alguna, ni siquiera ningún hombre válido en Orizaba, fuera de algunos enfermeros, y que se había tomado por una guardia á cierto número de soldados convalecientes. (19 de abril).

Zaragoza, convencido de su error por informes del jefe del cuerpo médico, había ya presentado excusas y protestado sus buenas intenciones. Este incidente sin importancia parecía, pues, terminado, cuando Lorencez escribió á nuestros plenipotenciarios: «Después de haberme impuesto de las estipulaciones de la Soledad, ratificadas por la comisión de las altas potencias contratantes, había yo dictado las disposiciones necesarias para concentrar mis tropas en Paso Ancho luego que el ejército español hubiese operado su movimiento retrógrado. Ni siquiera el asesinato de tres soldados en las cercanías del campamento me había parecido motivo suficiente para considerarme exonerado de la estricta observancia de una convención firmada por los representantes de Francia, aunque tales atentados no son más que la consecuencia del decreto expedido en 25 de enero por el gobierno de Juárez, que nos puso fuera de la ley, asimilándonos á los piratas, y ha sido mantenido vigente aun después de firmados los preliminares. Empero, la situación de Veracruz, rodeada de numerosas guerrillas y en realidad bloqueada,

me parecía una violación de esos preliminares por parte de los mexicanos, cuando recibí esta noche una nota del Gral. Zaragoza en que me informa de que considera á una parte de los enfermos dejados en Orizaba y que han entrado en convalecencia, como una guardia encargada de dar seguridad á mi hospital, y protesta contra esta medida. En vista de una declaración de esa especie, estoy autorizado para temer que nuestros enfermos no puedan contar con la protección que se les había prometido, y que sean considerados como rehenes dejados con demasiada confianza en manos del enemigo. Mi deber es marchar en su auxilio sin pérdida de tiempo, porque obraría imprudentemente si les dejara expuestos á los excesos de un ejército indisciplinado, mandado por jefes sin escrúpulos. Tengo, pues, la honra de informaros de que, en virtud de los poderes militares que me han sido conferidos, me pondré esta misma noche en marcha sobre Orizaba» (Córdoba, 19 de abril de 1862).

Transcribo con rubor este documento. Muchas falacias se habían acumulado en este período de la expedición; pero ésta las excede á todas. No hay en esa nota una palabra que no sea un insulto al buen sentido, á la verdad, á la lealtad. Era tan falso que el decreto de Juárez hubiese violado los preliminares de la Soledad, que habíamos seguido, permaneciendo en la zona templada, aprovechándonos de sus estipulaciones. Las guerrillas que rodeaban á Veracruz eran la consecuencia del estado en guerra que habíamos declarado nosotros mismos en 9 de abril, y no de que los mexicanos faltaran á su palabra. ¿Y qué decir de esa transformación de un acto honrado de susceptibilidad, en provocación feroz? La aseveración de que una guardia francesa era inútil para la seguridad de nuestros enfermos de Orizaba, ¿cómo podía ser tomada por una amenaza de tratarlos como rehenes? Romper una convención con ayuda de subterfugios cautelosos, era ya mucho; pero apoyarse en detestables razones para contravenir á compromisos formales, imperiosos, renovados varias veces, era demasiado. Aparecíamos como habiendo firmado el pacto de la Soledad con la intención de no respetarlo, y sólo para introducirnos fraudulentamente en la zona sana, adonde no habrían nuestros soldados podido llegar por la fuerza. Nuestras tropas supieron la decisión de su general el viernes santo (19 de abril), á las tres de la tarde. Su rectitud tradicional no pudo aprobarla, y conturbadas, sintie-

ron temores de que tal felonía atrajese sobre nuestras armas la maldición de Dios.

El mismo día se pusieron en marcha sobre Orizaba. Cerca de la aldea denominada El Fortín encontraron á un destacamento de caballería mexicana y lo acuchillaron; después se cruzaron con el carruaje de Prim, que iba con su mujer y un ayuda de campo.—«Cómo están nuestros heridos?» preguntó Jurien, confuso, á Prim.—«Les visité esta mañana antes de partir: están perfectamente» Lorencez disponía de siete mil quinientos hombres, poco más ó menos, descansados, llenos de ardimiento bélico; los mexicanos le oponían un efectivo total de treinta mil hombres, diseminados en una extensa zona, entre Jalapa y Tehuacán. Estas tropas, que no podían en campo abierto soportar el choque de las nuestras, se componían en su mayor parte de indios valientes, sobrios, infatigables, pero mal instruidos, harapientos, sin espíritu militar, muchos de ellos arrancados de su aldea por medio de la *leva*, mal pagados, mal alimentados, mal armados, montados en caballos trashedados, y seguidos por sus mujeres que, á pie ó á caballo, cuidaban de los equipajes, de las provisiones, preparaban el rancho.

Una tropa bien organizada no habría permitido jamás que el Gral. Lorencez se introdujera en la zona fría, al través de las Cumbres, inmensa muralla natural de novecientos metros de altura y que sólo puede atravesarse por la estrecha hendidura de un valle dominado por todas partes por altas posiciones que un puñado de hombres hubiese defendido con éxito contra el ataque de un grande ejército. Los mexicanos no supieron siquiera detenernos: nuestros zuavos les quitaron esas posiciones en tres horas, no dejando en el campo de batalla más que dos muertos y treinta y dos heridos. (28 de abril de 1862).

VIII

Al día siguiente se recibió de París la noticia de que Lorencez había sido ascendido á general de división y Jurien de la Gravière desautorizado.

La convención de la Soledad había provocado en las Tullerías un violento desagrado. No se quiso comprender que había sido la salvaguardia de nuestro honor y de nuestras tropas; no se vió de ella más que dos resultados: Juárez reconocido y su bandera flotando junto á la nuestra. Las recriminaciones de los emigrados, de Almonte especialmente, agravaron tales sentimientos. «En vuestros mensajes y en vuestros discursos, decían, habláis de Juárez como de un enemigo, y apenas desembarcados, vuestros plenipotenciarios tratan con él. Han dejado fusilar á Robles, y se quejan de que no acorramos bajo vuestras banderas. ¿Quién nos asegura que no nos abandonaréis después de comprometeros? Sed resueltos y lo seremos también; pero, entretanto, observaremos y esperaremos».

Los gabinetes español é inglés hicieron también algunos objeciones, pero sin insistir, y la ruptura que iba á consumarse en Orizaba se realizó desde entonces en Europa. Francia se encontró sola y se regocijó. «El patriotismo mexicano, decía uno de los defensores de la expedición, Michel Chevalier, no es más que el odio á España. El regreso de los españoles á Cuba será el acontecimiento más favorable, no digo para nuestros soldados, que sabrán triunfar de todos los obstáculos, sino para nuestros negociadores: servirá para aumentar su poder como si hubiesen recibido diez mil hombres de refuerzo, aunque en realidad nos haya privado del contingente de cinco á seis mil auxiliares. Quizá no sea exagerado decir que si las tropas españolas hubiesen continuado al lado de las nuestras, habría sido preciso aumentar el efectivo de nuestros soldados». El *Diario Oficial* publicó la nota siguiente: «El gobierno del Emperador ha desaprobado la convención concluída con el general mexicano Doblado por el Gral. Prim y aceptada por los plenipotenciarios aliados; esta convención le ha parecido contraria á la dignidad de Francia. En consecuencia, el Sr. de Saligny se ha hecho cargo solo de los plenos poderes políticos de que estaba investido el vice-almirante Jurien de la Gravière, y este oficial general ha recibido orden de tomar únicamente el mando de la división naval.»

Esta reprobación caía en el vacío. Jurien se había desautorizado á sí mismo antes de serlo por su gobierno. Ya no había convención de la Soledad cuando la nota del *Diario Oficial* llegó al campamento de Lorencez; el estado de guerra, que

con tanta impaciencia se deseaba, había comenzado. El ministro mexicano La Fuente pidió sus pasaportes. «México, escribió á Thouvenel, podrá ser conquistado, no sometido, y no será conquistado sin haber dado pruebas del valor y de las virtudes que se le niegan. México, que no quiso por rey ni á su mismo libertador, no aceptará jamás una monarquía hereditaria. Tal monarquía, difícil de crear, será imposible de sostener. Y esa empresa, ruinoso y terrible para nosotros, lo será más para sus promotores».

En vez de ponerse á la cabeza de su división, Jurien prefirió volver á París para justificarse. Se dirigió tristemente á Veracruz, mientras Lorencez continuó su marcha sobre Puebla, seguido por un convoy de doscientos sesenta carros. Estimulado por la distinción que acababa de acrecer su autoridad; teniendo bajo sus órdenes soldados refocilados; exaltado por las opiniones optimistas de Saligny, el general avanzaba confiado y no viendo más que lo que el emperador quería que viese. Escribía: «Tenemos sobre los mexicanos tal superioridad de raza, de organización, de disciplina, de moralidad y de elevación de sentimientos, que ruego á V. E. que diga al Emperador que desde hoy, á la cabeza de seis mil soldados, soy dueño de México. Lamentaría hondamente que las correspondencias particulares hubiesen desviado á S. M. de sus proyectos y que hubiesen hecho vacilar al príncipe Maximiliano para aceptar la corona. Estoy cada día más convencido de que la monarquía es el solo gobierno que conviene á México, y cierto de que en pocos años este país, bien gobernado, gozará de una prosperidad inaudita». (26 de abril de 1862). Al entrar en Córdoba y en Orizaba había sido recibido entre repiques de campanas echadas á vuelo. «¡Que entusiasmo!» decía Saligny. Pero, en este período de guerra civil, las campanas repicaban en honor de quienquiera que llegaba, y más bien eran «eco de una oficiosidad temerosa que signo de alegría» (1). El general veía, sin embargo, que al aproximarnos, las aldeas quedaban desiertas, porque los pobres habitantes huían llevando áuestas lo que tenían de más valioso. El 4 de mayo llegó á Amozoc, á cuatro kilómetros de Puebla.

1 Jorge Bibesco, *Combates y retirada de los seis mil*. Elocuente y poético relato escrito por un hombre de gran corazón.—NOTA DEL AUTOR.

Aunque Puebla era una ciudad abierta, Zaragoza la había puesto en formidable estado de defensa. Sus calles en ángulo recto habían sido cerradas por fortines, la plaza central transformada en un reducto armado de cañones, el convento de Guadalupe, situado sobre una colina de una altura de ciento dos metros, se había convertido en fortaleza sostenida al oeste por el pequeño fuerte de Loreto, y cuatro mil ochocientos cincuenta y dos hombres defendían estas posiciones. (1)

Almonte, cuya opinión apoyó Saligny, aconsejaba que se marchara sobre México á toda prisa; decía que no se encontraría ahí ninguna resistencia y que Puebla caería en seguida naturalmente. «Pero ¿por qué, objetaba Lorencez, puesto que esas gentes desean ardientemente abrirnos sus puertas, hacerlas esperar? No perderemos mucho tiempo en disparar algunos tiros por pura fórmula». No le pasaba por la imaginación que pudiese tener que hacer algo que pareciese un sitio, ni siquiera un reconocimiento agresivo; y no teniendo bastante gente para exponerse á un encuentro serio, por tener necesidad de dejar una parte de sus fuerzas guardando el convoy, creyó preciso atacar vigorosamente, pues, aunque absurdo este medio contra cualquier otro enemigo, nada tenía de temerario tratándose de uno que estaba dispuesto á rendirse. «En este caso, decían los mexicanos, atacad por el barrio del Carmen, por el cual la ciudad ha sido tomada muchas veces. Encontraréis menos obstáculos por ahí, que atacando las alturas fortificadas». Pero al general, ebrio de suficiencia, le pareció más cómodo atacar por el lado norte que tenía en frente. Ninguno de sus oficiales ponía en duda que esa noche se durmiera en Puebla, y hasta se prometían un sueño tranquilo en las camas que les ofrecería el obispo.

1 El general Zaragoza en su parte al ministro de la Guerra (6 de mayo de 1862) daba el siguiente détail de sus tropas en el combate del día 5:

Gral. Negrete (en Guadalupe y Loreto).....	h 1 200.
„ Berriozábal.....	„ 1.082.
„ Porfirio Díaz (en el llano).....	„ 1.000.
Coronel Lamadrid.....	„ 1.020.
General Alvarez (á la derecha de Guadalupe).....	„ 550.

Total h 4.852.

Las brigadas de caballería de O' Horan y Carbajal fueron enviadas á México para detener á Márquez. Al día siguiente, 6 de mayo, Zaragoza recibió un refuerzo de cerca de cuatro mil hombres, enviado de México bajo las órdenes del Gral. Antillón.—NOTA DEL AUTOR.

Tomadas todas sus disposiciones, al medio día el general se adelantó y arrojó una mirada escudriñadora hacia la llanura silenciosa. Esperaba que surgieran en el horizonte los diez mil hombres de Márquez que se le habían prometido; que llegara á su oído, brotando de Puebla la antijuarista, el clamor de bienvenida lanzado por ese gran partido intervencionista que se le había anunciado desde hacía tres meses. ¡Nadie en la llanura! ¡Nada en el horizonte! De Puebla, inmóvil y muda, sólo le llegó el eco de un cañonazo disparado del fuerte de Guadalupe (1). Sin embargo, dió la orden de atacar. La artillería, apostada á dos mil doscientos metros de distancia, era insuficiente y estaba demasiado lejos para abrir brecha; se la aproximó, pero entonces perdió de vista el fuerte y se vió obligada á callar. Nuestros soberbios zuavos, nuestros admirables cazadores y marinos saltaron sobre las pendientes escarpadas; un fuego terrible, vomitado por la artillería y por tres filas de tiradores escalonadas, les hizo bajar al fondo de las barrancas. Hubo un instante en que revivió la esperanza: vieron llegar á un piquete de caballería gritando: ¡Al monte! Al fin llegaba el socorro prometido!... ¡Ironía feróz!.....Eran enemigos que acudían para completar la derrota. Las compañías de cazadores de á pie que habían quedado en la llanura y sobre las cuales se presipitaron, con dificultad les cerraron el paso. Una tormenta deshecha interrumpió el combate. Teníamos cuatrocientos ochenta y dos muertos ó heridos, entre ellos al subintendente Raoul, muy querido de todo el ejército. Cifra enorme de pérdidas, dada la pequeñez de nuestro efectivo. «El ejército francés, comunicaba Zaragoza á su gobierno, se ha batido con mucha bizarría; su general en jefe se ha portado con torpeza en el ataque.....Ni un momento volvió la espalda al enemigo el ejército mexicano durante la larga lucha que sostuvo.» «Habéis combatido, decía á los suyos Berriozábal, otro de los vencedores, con los primeros soldados de la época y les habéis vencido por primera vez»

A pesar de este fracaso, Saligny insistía para que se marchase sobre México. Pero Lorencez se enojó al fin, y en una orden del día en que daba las gracias á sus soldados por su heroísmo, le acusó de ser la causa del mal éxito alcanzado. «Nuestra marcha hacia adelante ha sido detenida por obstáculos que es-

1 Jorge Bibesco. Obra citada.—NOTA DEL AUTOR.

tabais lejos de esperaros, según los informes que se nos habían dado: se nos había repetido cien veces que Puebla nos llamaba y que su población sembraría de flores nuestro camino; y con la confianza inspirada por estos falsos informes hemos llegado frente á Puebla».

IX

Para imponerse al enemigo, Lorencez permaneció tres días frente á la ciudad. En seguida, se retiró á paso lento, seguido de lejos por el enemigo. En Barranca Seca aseguró su unión con Márquez, que al fin se presentó con dos mil jinetes extenuados (18 de mayo), por medio de un ataque del batallón Lefebvre, del 99 de línea. De regreso en Orizaba, restableció con Veracruz la comunicación cortada por las guerrillas y recibió el refuerzo del Gral. Félix Douai que llevaba trescientos hombres y un convoy. Por su parte, Zaragoza, reforzado por seis mil hombres de buenas tropas mandados por González Ortega, marchaba sobre Orizaba. González Ortega, sabedor por los desertores de la ruptura entre Saligny y Lorencez, propuso á éste un arreglo. Su carta quedó sin contestación; pero, llegado á catorce kilómetros de Orizaba (12 de junio), renovó la tentativa enviando un parlamentario: «Tengo razones para creer que vos y los oficiales que están bajo nuestras órdenes, habéis dirigido una protesta al Emperador contra el ministro Saligny, por haberos engañado lanzandoos contra el pueblo más amigo de los franceses. El conocimiento de la situación difícil en que os encontráis con vuestro ejército, y el deseo de proporcionaros una retirada honrosa, me impelen á proponeros una capitulación cuya base principal sería la evacuación del territorio de la república en un plazo dado». Lorencez contestó que no tenía facultades para entrar en tratados de esa especie, y apresuró sus preparativos de defensa: se rodeó de fortines y de parapetos, descuidando, sin embargo, ocupar el cerro del Borrego, que se eleva sobre la ciudad más de doscientos cincuenta metros, porque creyó que eran inaccesibles sus abruptas pendientes rodeadas de espesos bosques.

Entretanto, González Ortega hacía abrir trincheras entre los árboles y, sin ser notado, subía á la cúspide del cerro tres obuses y dos mil hombres. Desde ahí iba á atacar á la ciudad, que Zaragoza atacaría por la llanura. El campamento francés descansaba en la más completa seguridad, y hubiese sido ciertamente sorprendido á no sobrevenir á media noche un enviado de Almonte, que dió noticia del movimiento de González Ortega. Inmediatamente el coronel Lhéruillier lanzó al capitán Détrie, de la 2.^a compañía del 99 de línea, sobre el Borrego, con ochenta hombres. La obscuridad era intensa; á tres metros no se distinguía nada. Nuestros hombres se adelantaron cautelosamente, uno tras otro, asiéndose á los picos de las rocas. Habiendo sido recibidos en la primera altura con una nutrida descarga de fusilería, se lanzaron, sin tirar, gritando: «Adelante! A la bayoneta!» Los mexicanos, sorprendidos, retrocedieron un momento, pero volvieron á la carga, en mayor número. Détrie se sostenía: no podía hacer más. Pero setenta hombres de la 3.^a compañía, advertidos por sus gritos del peligro en que se hallaban, acudieron en su auxilio, trepando por el cerro, y todos juntos volvieron á gritar: «Adelante! A la bayoneta!» Los mexicanos se creyeron rodeados por fuerzas superiores, se desbandaron, descolgándose por entre las rocas, en las cuales algunos quedaban suspendidos; y estos fugitivos comunicaron el pánico al resto del ejército de González Ortega, que estaba al otro lado, al pie del cerro.

Este milagro de audacia aturdió á Zaragoza. Estupefacto de ser bombardeado desde aquella colina, de la cual esperaba socorro, levantó el sitio, atravesó las Cumbres (15 de junio), y no pudiendo vencernos por la fuerza, trató de hacerlo por el hambre. Si las aseveraciones de Saligny y de Almonte no hubiesen sido embusteras, no lo habría logrado: el país nos hubiera abastecido de provisiones de boca. Pero nuestro aislamiento era cada día mayor. Almonte, haciendo algo peor que lo que reprochábamos á Juárez, había decretado un préstamo forzoso de ochocientos cincuenta mil pesos, y ordenado la emisión de medio millón en billetes de circulación obligatoria, condenando á la confiscación de sus mercancías á los comerciantes que no aceptaran ese papel-moneda que no tenía garantía ninguna. Entonces Lorencez, mirando al fin con sus ojos y no con los de Saligny y de Almonte, repitió lo que habían dicho

Prim y Wyke, lo que había entrevisto Jurien, todo lo contrario de lo que había escrito pocos días antes: «No tenemos aquí á nadie en nuestro favor. El partido moderado no existe; el partido reaccionario, aniquilado casi, es aborrecido; los liberales se han apoderado de los bienes del clero, y como esos bienes constituyen la mayor parte de México, fácil es comprender cuán grande es el número de personas interesadas en que el partido clerical no se rehaga. Tengo la pena de no encontrar ningún partidario de la monarquía: ni los reaccionarios lo son.» (1)

Todos los oficiales se expresaban como su jefe. El heroico comandante Magnin, de los cazadores de á pie, escribía al mariscal de Castellane: «El Emperador ha sido indignamente engañado por su ministro Saligny ó por otros, con respecto á la situación del país. So:tenemos una causa que ya no tiene ni puede tener partidarios; llevamos con nosotros á individuos como Almonte, el Padre Miranda y otros que causan horror en su tierra y que nos hacen aborrecibles hasta para nuestros nacionales. Se necesita aquí otro general y otro ministro, y además mucha gente. Pero aunque fuésemos cincuenta mil hombres, entráramos á todas las ciudades y llegaríamos á México, no tendríamos un solo partidario.» (2)

Los franceses no podían ser abastecidos de provisiones más que por medio de convoyes llegados de Veracruz; pero el enemigo los interceptaba, rechazándolos hacia las ciénagas de la llanura convertida en un lago de fango. Lorencez hacía esfuerzos inauditos para facilitarles el paso, y en esta tarea difícil se mostró tan incansable cuanto previsor, conquistando el afecto de las tropas y demostrando que, á pesar de su fracaso, no era indigno de la victoria. Cercados, acosados, amenazados por el hambre, dieron pruebas de una paciencia y de una tenacidad defensiva, iguales á su impetuosidad ofensiva en las laderas de Guadalupe. Cuando con el pensamiento se pone uno en medio de aquellos valientes, ora en la plaza de armas de Orizaba, escuchando la banda militar que les proporciónaba alguna distracción, ora en el teatro improvisado en que procuraban fortalecer su valor con la alegría y de donde salían sobresaltados

1 Al ministro de la Guerra, 22 de julio de 1862.—NOTA DEL AUTOR.

2 1.^o de julio de 1862.—NOTA DEL AUTOR.

cuando un oficial se presentaba en la escena gritando: «Muchachos! A las armas! Se nos atacan!»; cuando se les sigue hora por hora y día por día en los incidentes de su vida agitada y monótona al mismo tiempo, se siente tanto enternecimiento como admiración, y después de tantas descalzadas que afligen, se experimenta el consuelo que ellos mismos debieron sentir, cuando, desde las profundidades de la mortífera tierra caliente, subieron á la región de las brisas fortificantes!

X.

La ruptura de Orizaba entre los plenipotenciarios fué aprobada por los gabinetes, siempre por razones contrarias. Russell, que en esta ocasión defendió imperturbablemente la justicia, sin su habitual y desdeñosa pedantería, felicitó á Wyke por haber protestado contra la protección acordada á Almonte y por haberse separado de los comisarios franceses desde el momento en que no ocultaron ya su intención de derrocar al gobierno de Juárez. O'Donnell y Calderón Collantes, aunque habían enviado á Prim precisamente para llevar al cabo la intervención que no había después querido continuar (1), no se atrevieron á negarle su aprobación. El emperador se quedó encantado de verse libre de la «lamentable convención de la Soledad», y en situación de ejercer una acción más decisiva, sin contentarse con resultados negativos ó ilusorios.

Esta satisfacción fué pronto turbada por el desastre de Puebla, que consternó á todos. Llovieron maldiciones sobre Lorencez. *Væ victis!* escribió el mariscal Vaillant en su libro de memorias. Sin embargo, el emperador le dirigió desde luego una carta pública y reanimadora: «Mi querido general: He sabido con gusto el brillante hecho de armas de las Cumbres y con pena el fracaso de Puebla. Es propio de la guerra que algunos reveses oscurezcan los brillantes éxitos; pero que eso no os desaliente; el honor del país está comprometido y seréis soste-

1 Esto fué perentoriamente demostrado en el Senado español por Bermúdez de Castro, Mon, Concha y Ríos Rosas. Diciembre de 1862.—NOTA DEL AUTOR.

nido con todos los refuerzos que sean necesarios. Manifestad á las tropas toda mi satisfacción por su valor y su perseverancia para soportar las fatigas y las privaciones: mientras más lejos están, más mi solicitud se vuelve hacia ellas. Yo he aprobado vuestra conducta, aunque no ha sido comprendida por todos. Habéis hecho bien en proteger al Gral. Almonte: como estamos en guerra contra el gobierno de México, todos los que se refugien bajo nuestra bandera tendrán el mismo derecho á nuestra protección; pero ésta no debe influenciar nuestra política futura. Es contrario á mis intereses, á mi origen, á mis principios, imponer un gobierno al pueblo mexicano. Que él escoja su forma con toda libertad. No le pido más que sinceridad en las relaciones exteriores y no deseo más que la felicidad y la independencia de ese hermoso país, bajo la salvaguardia de un gobierno estable y regular» (16 de junio de 1862). Este no era ya el lenguaje de Brunswick: era el de Alejandro I contra Napoleón. La contradicción entre el dicho y el hecho continuaba. Si no se quería imponer ningún gobierno á los mexicanos, ¿para qué ir á derrocar al que habían establecido, fundándole en el sufragio universal, y que, con excepción de un pequeño número de facciosos, todos estaban de acuerdo en reconocer?

Al llegar el parte detallado de Saligny, otro fué el tono en que el emperador hizo que el ministro de la Guerra escribiera al desafortunado general: «El Emperador admira el valor de las tropas, pero no aprueba el ataque imprudente de Puebla ni el empleo de la artillería contra fortificaciones á dos mil quinientos metros de distancia. Reprueba también vuestra actitud con respecto al Sr. de Saligny. Cualesquiera que hayan sido sus sinrazones, es el representante del Emperador y tiene derecho á que le consideréis. Debéis también tener toda clase de consideraciones no sólo con el Gral. Almonte, sino también con todos los mexicanos que vengan hacia nosotros. No será tratando mal á éstos, como obtendréis la adhesión de otros: el carácter español es muy susceptible; sólo con buenos procedimientos se le conquista. Es preciso pagar y armar á los auxiliares mexicanos y manifestarles confianza»

El mariscal Randon hizo lo que se le mandaba, pero escribió al emperador una carta digna de ser comparada con las del mariscal Vaillant cuando, durante la guerra de Crimea, defendió á Canrobert y á Pélissier. «He cumplido con excesiva pena la